Año III

Núm. 46 - 47

EDICIONES SELECTAS AMÉRICA

[CUA]DERNOS [MEN]SUALES DE LETRAS Y CIENCIAS

JOSÉ INGENIEROS

AGUSTIN ALVAREZ

SU ÉTICA SOCIAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MORENO 1167
BUENOS AIRES
1921

En la Capital: 0.40 centavos
„ el Interior 0.50 „

Octubre y Noviembre de 1921.

EDICIONES SELECTAS AMÉRICA

CUADERNOS PUBLICADOS

Año I — **Tomo I**

Amado Nervo	Florilegio III Edición
José Ingenieros	La moral de Ulises III Ed.
* Almafuerte	Espigas II Edición
* Julio Herrera y Reissig	Opalos II Edición
* Martín Gil	Cielo y Tierra
* Ernesto Mario Barreda	Canciones para los niños
* Eduardo Talero	Amado Nervo
Alberto Gerchunoff ...	Cuentos de ayer
* Leopoldo Lugones	Rubén Darío
Florentino Ameghino ..	Los cuatro infinitos
Rafael Alberto Arrieta.	Selección lírica
Vicente A. Salaverri ..	La visión optimista

Año II — **Tomo II**

: Fernández Moreno	Versos de Negrita
Joaquín V. González ..	Música y danzas nativas
* Rubén Darío	Poemas II Edición
Arturo Capdevila	La pena monstruosa
* José Enrique Rodó ...	Joyeles
Arturo Cancela	Cacambo II Edición
Armando Donoso	Un hombre libre
* Ricardo Rojas	Canciones
* Roberto J. Payró	Historias de Pago Chico
: Amado Nervo	Pensando
* Alfonsina Storni	Poesías
* Edmundo Guibourg ...	Evocaciones

Año II — **Tomo III**

Horacio Quiroga	Los Perseguidos
Enrique Banchs	Lecturas
* Mario Bravo	Canciones de la soledad
* Roberto Gache	Del vestido y del desnudo,
Carlos Vaz Ferreira ..	Ideas y Observaciones

* Agotados





JOSÉ INGENIEROS

AGUSTIN ALVAREZ

SU ÉTICA SOCIAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MORENO 1167
BUENOS AIRES
1921

I. Agustín Alvarez. — II. La moral política. — III. Crítica de las costumbres. — IV. Educación para la libertad. — V. ¿Adónde vamos? — VI. La creación del mundo moral. — VII. El moralista laico.

I.—Agustin Alvarez

Una virtud, entre todas, debe admirarse en los grandes hombres y ser predicada a los jóvenes: el valor moral. Con ella son posibles la dignidad y el heroismo; sin ella los más grandes ingenios pueden rodar al abellacamiento. Conocer algunas verdades y callarlas, por no exponerse a la natural enemiga de los que piensan las contrarias, es la mayor inmoralidad en que puede incurrir un estudioso. Compartir los principios puestos de moda por la política, no creyéndolos, es la más abyecta de las venalidades, pues ninguna como ella implica un renunciamiento de la dignidad personal.

El creyente sincero, sea cual fuere su doctrina o dogma, es respetable, si tiene el valor moral de sus-

tentar sus creencias desembozadamente, aceptando hasta las últimas consecuencias. Sólo es temible y nocivo el sectario que trabaja subterráneamente, siguiendo caminos oblicuos, no dando la cara, tejiendo y destejiendo redes invisibles, minando el hogar, la sociedad, la vida pública, sin exponerse nunca a perder las prebendas ni a recibir los golpes desmarridores.

El hombre leal y firme, por la moralidad implícita en su conducta, es alto educador de las generaciones nuevas; compromete su rango, pierde sus comodidades, renuncia a los honores y a las sinecuras que sólo podrían venirle adhiriendo a la mentira organizada. El hombre acomodaticio, magüer sea grande su ingenio, hace carrera a precio de su obsecuencia a las preocupaciones corrientes en su medio social; habla lo que le conviene y no lo que piensa, se entusiasma por las cosas y las ideas en razón de la utilidad que ellas le reportan, prefiriendo ser esclavo de las ajenas creencias, si ellas traen el éxito inmediato, a ser su director, si en ello sólo puede haber gloria futura.

Fué Agustín Alvarez un raro ejemplar de hombre sincero, en quien se igualaban la firmeza y la virtud. Sociólogo, moralista y educador, pensó siempre en voz alta, seguro de sí mismo, generoso de su saber, fiel a sus doctrinas, sencillo, agudo, penetrante, bueno. Bueno en primer término; optimista como todos los buenos; y, como todos los optimistas, severo y estoico.

En las ciencias sociales desenvolvió originalmente análogas premisas filosóficas de las que fueron punto de partida a la obra de Ameghino y Ramos Mejía, sus contemporáneos conspicuos. Menos técnico que el primero y más humanista que el segundo, transfundió en toda su obra un sentimiento idealista que siempre induce a compararle con Emerson, Guyau y Lubock, aunque pudiera acercársele, con más exactitud, al venerable educador español don Francisco Giner.

Alvarez fué, ante todo, un "self made man" y en ello puso siempre su único y legítimo orgullo. Nacido en Mendoza el 15 de Julio de 1857, quedó huérfano desde la primera edad y forjó su vida con admirable esfuerzo de trabajo y de estudio; de poco le valieran esas cualidades, para ser quien fué y pensar como pensó, sin otras menos frecuentes y más recomendables: el culto sistemático de la libertad, un sincero sentimiento de la democracia, el horror de las supersticiones, el desdén por los adelantamientos mundanos que tuvieran por condición renunciar a la más simple minucia de su personalidad moral.

Desde niño tuvo la inquietud rebelde que fué más tarde condición necesaria para la elaboración de sus doctrinas. Cursó estudios secundarios en el Colegio Nacional de su ciudad, donde encabezó una revuelta estudiantil para obtener reformas de la enseñanza y cambios en las autoridades docentes. En 1876 se trasladó a Buenos Aires y emprendió estudios uni-

versitarios, graduándose en derecho. Después de ser juez y diputado al Congreso, consagró los últimos quince años de su vida al apostolado educacional, ocupando cátedras en las Universidades de Buenos Aires y La Plata; de esta última fué vicepresidente fundador y canciller, hasta la fecha de su muerte.

Su obra escrita figura con honor en nuestra corta bibliografía sociológica. Iniciado en la prensa, en 1882, Alvarez buscó más tarde en la revista y en el libro un campo más conforme a sus estudios. Son sus obras principales: "South America" (1894), "Manual de Patalogía Política" (1899), "Educación Moral" (1901), "¿Adónde vamos?" (1904), "La transformación de las razas en América" (1908), "Historia de las Instituciones Libres" (1909) y "La Creación del Mundo Moral" (1912); otros escritos sobre los problemas políticos, sociológicos y éticos que constituyeron la constante preocupación de su edad madura, forman el volumen "La herencia moral de los pueblos hispano-americanos" (1919).

Los ocho tomos de sus "Obras Completas" (1), aunque desaliñados de estilo y recargados de citas, permiten creer que su autor puede contarse entre la docena de escritores nuestros cuyos nombres no olvidará la posteridad. Con ser muy diverso el mérito de cada libro, su conjunto es representativo de toda una época en la evolución de las ideas argenti-

(1) Editadas por *"La Cultura Argentina"*, con prólogos de Joaquín V. González, Nicolás Besio Moreno, Evar Méndez, Maximio S. Victoria, Arturo de la Mota, Julio Barreda Lynch, Ernesto Nelson y Félix Icasate Larios.

nas. Alvarez inició en el país los estudios de "ética social", con particular aplicación a la política y a las costumbres, coincidiendo con el vasto movimiento de renovación ideológica que caracterizó a la "generación del ochenta". Antes de él sólo se habían publicado trabajos didácticos de escasa importancia. En los del tiempo colonial primaba la teología católica; los de la época revolucionaria eran de inspiración ideologista; durante la restauración reapareció la escolástica; la juventud emigrada sintió la influencia ética del sansimonismo; el ciclo de la organización nacional se terminó en pleno auge de Comte y Spencer, Darwin y Charcot, Emerson y Krause, Taine y Renán, cuyo heterogéneo conjunto convergía a un movimiento liberal que se amparaba del positivismo filosófico. En los dominios de la ética fué Alvarez el exponente más típico de esa renovación; y como tenía cierta vislumbre de lo venidero, su obra aparece espiritualmente conectada con la de algunos escritores argentinos que, en época más reciente, han abordado análogos problemas (2).

II. — LA MORAL POLITICA

MÁS espontáneo que sistemático, emprendió en sus primeros libros un desapiadado análisis de la moral política y social, teniendo especialmente en mira a

---

(2) Ver FÉLIX ICASATE LARIOS: "*Las corrientes morales en la Argentina*", en la revista "*Nosotros*", Buenos Aires, Mayo, 1919.

los pueblos sudamericanos. Vió reproducidos en la vida pública todos los vicios inherentes a las costumbres del país conquistador, con frecuencia aumentados por la copiosa mestización indígena y africana; junto con las sangres se mezclaron las supersticiones, creando un ambiente moral lleno de fanatismos presentes y de terrores futuros. Sobre ese "infierno en la tierra" vivieron masas sin el sentimiento de la libertad, incapaces de concebirla y de practicarla. Y cuando minorías ilustradas hablaron de instituciones, el caciquismo nació como flor espontánea en la ciénaga, única herencia civil de los aventureros y los teólogos. La crítica de ese régimen, ahondada hasta verlo sangrar, tiene elocuencia docente; diríase que Alvarez protestaba contra los resignados a soportarlo para medrar a su amparo, o a cortejarlo para recibir sus beneficios.

En 1894 inició, en el diario "Tribuna", la publicación de ruidosos folletines reunidos, poco después, en el libro *South America*. "El autor — decía la redacción al anunciarlos — es un periodista que se ha salido de la procesión para verla. Legislador de ocasión, ha tomado en serio su oficio de circunstancias; se ha creído en el deber de estudiar los males del país y los específicos en boga, con más prolijidad que sus mandantes, y a ese fin, con el auxilio de los grandes maestros y de la historia argentina del doctor López, ha hecho la autopsia a los más grandes desatinos que andan en circulación en el comer-

cio intelectual." Los maestros fueron buenos: Jhering, Macaulay, Taine. Los resultados, excelentes.

Distingue Alvarez la razón natural, o instintiva, de la razón educada, o experimental. La primera, que todos los hombres poseen, puede ser aplicada sin salir de la ignorancia; el niño, el salvaje, el inculto, poseen esa única razón y abusan de ella, irreflexiva y espontáneamente. La otra, formada en la observación y la experiencia, es el privilegio de pocos hombres ilustrados y competentes, que la adquieren por el estudio y mediante una labor esforzada.

La mayor desgracia política de un pueblo consiste en ser gobernado por ignorantes que se guían por la razón natural, o, como suele decirse, por la *intuición*. Si la política es una ciencia social, no pueden practicarla hombres que no hayan estudiado los rudimentos de esa ciencia; cuando ello ocurre, como es frecuente, caen las naciones en esos estados caóticos y turbulentos que han sido la característica hispanoamericana durante el siglo XIX y por los que hemos merecido la despectiva denominación de *South America*. Sabemos lo que ello significa en Inglaterra y en Estados Unidos: indios de levita.

El justificativo de todos los "macanazos" incesantemente cometidos por los "macaneadores" de estas latitudes, ha sido siempre la razón natural o intuición; los caudillos se han degollado unos a otros por establecer quién "tenía razón", totalmente, sin reserva alguna, negando la posibilidad de que los adver-

sarios pudieran tener la más mínima parte de ella. Así surgieron los improvisadores bien intencionados, que causaron males tanto más grandes cuanto mayor era la bondad de sus intenciones; así se buscaron razonables disfraces constitucionales para encubrir los más bajos egoísmos instintivos; así pretendió cada grupo de facciosos tener el monopolio de la razón; así se inventaron las más razonables "banderas de principios", entre cuyos pliegues fueron ahogados hasta los rudimentos de la moral cívica.

Los caudillos no sospechaban que la razón natural no implica la menor competencia para gobernar; su exceso de razonamientos primitivos para probar que "tenían razón" al obrar como lo hacían, les llevó a construir una verdadera "lógica de las barbaridades", desenvuelta con toda "tranquilidad de conciencia", con fines de "regeneración" eterna y en concordancia con la razón natural de la "opinión pública". Atafagada la cabeza por frases sin sentido, siempre usadas como sofismas justificadores de actos irracionales, cayeron los caudillos en la intolerancia absoluta y sus partidarios en la fe ciega. La falta de ideas engendró el culto de las palabras; la ausencia de ideales fué llenada con un exceso de lemas y divisas. La grandilocuencia verbal, tan frecuente en las cabezas vacías, exaltó la vanidad de los gobernantes instintivos, que gustaron tomar nombres pomposos: Libertadores, Restauradores, Protectores de los Pueblos, Héroes de la Causa Americana, Regeneradores de la Patria, etc.

Con semejante chafalonía ideológica no podían los caudillos instaurar otra cosa que la anarquía feudal, fácil de adivinar tras el mal llevado antifaz de las doctrinas europeas y de las constituciones norteamericanas. Los voceros de ese régimen *southamericano* han pretextado siempre su "profunda sinceridad" personal y se han jactado de dar a sus súbditos las "leyes más perfectas"; todo ello ha sido, por lo general, una farsa impúdica o inconsciente. ¿Para qué sirven leyes óptimas donde reinan costumbres pésimas? Las leyes no valen sino en la medida en que pueden practicarse y nada hay más peligroso para un pueblo que soportar la coyunda de códigos incompatibles con las costumbres, pues ello equivale a vivir sin leyes de ninguna especie.

El cultivo de los sofismas racionales y la incapacidad práctica para la vida civil, fueron las dos herencias de la mentalidad hispano-colonial Con capciosos razonamientos han pretendido todos los malos gobernantes "tener razón" contra sus opositores; y, negándosela a éstos, a punto de creerlos incapaces de llegar a ser razonables, han preferido casi siempre desterrarlos o fusilarlos, como si la única paz posible consistiese en uniformar la opinión pública hasta el límite extremo de la unanimidad.

Huelga decir que los partidos opositores han pretendido siempre ser mayoría y tener razón. Llegados al gobierno han emprendido la "salvación" del pueblo, sacrificando lo necesario real a lo perfecto

fantástico, creyéndose "los mejores", igualando su "entusiasmo" por el nuevo régimen a la "indignación" contra el régimen precedente. Cegados por la vanidad de sus efímeras virtudes verbales, los sietemesinos de la moral política se han creído vírgenes sin mancilla y han pretendido purificar a sus adversarios empleando medios análogos a los que antes condenaran con "acendrado patriotismo". De esa manera los pueblos no educados para el gobierno democrático han subvertido los "vanos principios" racionales de sus leyes escritas, incurriendo en los torpes extravíos de su razón natural, celestina visible de sus malos hábitos. Por eso, en su valor paradójico, puede aplicarse a los pueblos como a los individuos la pícara frase de Houdetot: "Se empieza a cometer locuras cuando se llega a la edad de la razón".

Tal es la psicología política que fluye del interesante ensayo sobre *South America,* escrito en ese lenguaja sencillo y convincente que suele denominarse "campechano". Los vocablos del léxico popular, siempre expresivo y pintoresco, dan un sabor de cháchara familiar a las ingeniosas reflexiones de Alvarez, hábilmente salpicadas por anécdotas y cuentos al caso que excluyen toda solemnidad aburridora. Bien ha podido Ernesto Quesada calificar al autor de "sociólogo criollo", sin que el calificativo local resultara disonante del científico sustantivo (3); y se

(3) Ver ERNESTO QUESADA: *"Agustín Alvarez como sociólogo criollo"* en la revista *Humanidad Nueva,* Junio, 1914.

comprende fácilmente el éxito que tuvo el libro en nuestro mundo político e intelectual (4), pues su ausencia de afeites estilísticos y de pedanterías eruditas estaba harto compensada por un exceso de esas verdades que todos temen y nadie se atreve a proferir.

III. — CRITICA DE LAS COSTUMBRES

EL complemento lógico de *South America* fué su *Manual de Patología Política;* consta de diez ensayos y los cinco primeros se publicaron en *Tribuna* con un título más expresivo: "Manual de Imbecilidades Argentinas". En una breve advertencia preliminar señala "que es bueno escribir lo que se piensa para obligarse a pensarlo con más precisión"; para ello ha seleccionado e hilvanado piezas selectas de los más estimados pensadores, componiendo un mosaico en el que sólo le pertenece el comentario, a manera de cemento. Poco le importa que otros no se interesen por sus reflexiones; las hace "sólo para ver modo de reeducarse, pues va entendiendo que la regeneración de los otros es una invasión al fuero ajeno, por depravación inconsciente del espíritu en un medio ambiente chiflado, teniendo cada uno la obligación de enderezarse y el derecho de recoger

(4) Ver LUCIO V. MANSILLA: "*Agustín Alvarez*", en *Tribuna*, 1894; GREGORIO URIARTE: "*South America, por Agustín Alvarez*", en *Tribuna*, 1894; etc.

para ese efecto los traspiés propios y los ajenos que le atañen, y no teniendo el prójimo el derecho de enmendar al prójimo. Esto no es más que un abuso bien intencionado y contraproducente, porque nadie puede enmendarse por mano de otro" (5).

Lo que han pensado los demás nos ayuda a pensar mejor, evitando los escollos en que tropezaron y aprovechando las huellas abiertas por su experiencia en la vasta maleza de lo desconocido. Lo importante no es equivocarse con originalidad, sino acertar con la ayuda de quienes estudiaron más y mejor que nosotros. "El mundo tiene ya una segunda edición de los evangelios en los consejos y en los ejemplos de los grandes hombres", y todo el que no esté acometido por lo que Groussac llama "el furor de chapucería", que es el afán ridículo de las gentes chicas por hacer obras grandes, puede emplear útilmente su tiempo imitando a la abeja, que prepara su panal y cosecha la miel donde la encuentra. Después, lo más interesante y digno de ser estudiado en este país, no es el río de la Plata, ni la Pampa, ni las montañas, ni la flora, ni la fauna, ni el suelo, ni la constitución del año 13, sino el ciudadano argentino, el tipo de hombre que han producido en el suelo argentino los *ideales argentinos*. "Cada uno tiene en los demás una ventanilla para mirarse". En diferentes dosis, nuestros defectos existen en otros pueblos y pueden

(5) Sobre este libro ver Leopoldo Lugones: "*Manual de Patología política*", en *Tribuna*, 1899.

así ser estudiados en cabeza ajena; y hay también la madera para el marco y las sombras para el fondo."

Psicología política, pues, como en *South America,* pero aquí más honda, más cruel. Nadie puede curarse de los males que no se conoce; y como ningún pueblo necesita curarse de sus virtudes, que no bastarían a causarle daños, lo que realmente importa es conocer sus defectos, para que las gentes los vean y se avergüencen de usarlos por necio patriotismo: "todo lo contrario de lo que desgraciadamente estilan en tales materias los hispano-americanos, que viven narcotizándose, en perjuicio propio, con virtudes reales pero de mala clase, o puramente imaginarias, que se atribuyen, resistiéndose heroicamente a mirar sus suciedades morales y materiales cara a cara, para ahorrarse el trabajo de lavárselas". Una cosa es cierta: el individuo y el pueblo incapaces de verse los defectos, están inhabilitados para corregirlos.

El primer capítulo — *Leche de clemencia* — está consagrado a examinar la tolerancia del mal, verdadera complicidad de los cobardes que hace posible la maldad de los pícaros. Una ética singular nos ha llevado a confundir la pillería con la ingeniosidad, la delincuencia con la desgracia y el mal carácter con el valor personal; de allí han nacido el culto de la viveza y el culto del coraje, que hacen admirar a los desvergonzados y a los bellacos. Un "vivo" puede cometer la mitad de los delitos consignados por el

código penal; un "guapo" puede cometer la otra mitad. Un ladrón distinguido puede robar al fisco o a los particulares; si alguien le reclama el pago de su cuenta, el ladrón le manda los padrinos y mediante un duelo su honor queda limpio, si no aumentado. Exagerando este hecho real, dice Alvarez: "El valor para atropellar al prójimo y la ilustración para deslumbrarlo y engañarlo son las dos llaves del porvenir para un argentino, porque son las dos calidades que allegan más consideración pública. No es necesario ser honesto; no es necesario ser culto; no es necesario ser cuerdo; no es necesario ser activo y útil, y, en rigor, ni el talento y la ilustración son necesarios; pero es absolutamente necesario ser guapo, o siquiera deslenguado. De un tal, que llegó a ser vice-profeta de su partido y que vió un día inesperadamente evaporado su prestigio, cuando más había hecho para mantenerlo, se decía: "ha decaído porque no ha sabido procurarse un duelo". Y, en efecto, para fijar la estimación pública es necesario haber muerto a alguien, o por lo menos haber hecho en presencia de testigos todo lo posible por matarlo. Por esa necesidad local, Lucio López, nieto del autor del Himno, hijo del gran historiador, se marchó prematuramente al cementerio, llevándose a la nada los óptimos frutos maduros de su talento privilegiado. "*Necesito* batirme, decía, porque me han hecho una reputación de flojo que a todos les da tentaciones de vejarme".

Esta moral, que suele llamarse caballeresca, parecíale a Alvarez una simple inmoralidad, propia de espíritus inferiores, incompatible con todo sentimiento de justicia y de responsabilidad. El "miedo de tener miedo" acaba por subvertir los valores morales, entregando su tutela a los que no se avergüenzan de exhibir los más bajos instintos. Los bribones y los matasiete son tolerados, perdonados, justificados, por los que les tienen miedo; en sociedad se les mira bien, se cultiva su amistad. Llegado el caso, los mismos jueces se inclinan a absolver, o a atenuar, temiendo a los parientes de los asesinos... Con esa *leche de clemencia* son alimentados en Sud América los más innobles vicios, insensiblemente convertidos en atributos intrínsecos de la mentalidad social. No falta inteligencia para comprender lo que vale la justicia; falta carácter para practicarla. "Los cobardes, peligrosos como la vaca asustada, son terroristas: para no temblar ellos, asustan y hacen temblar a los otros, y siembran el miedo para cosechar su seguridad. El que no tiene miedo no necesita que se lo tengan; pero necesita ultimar al caído; no puede dejarlo levantarse ni recuperar la igualdad de posiciones, pues con ello le devolvería la superioridad perdida. Sólo pueden ser generosos y leales los fuertes".

La clemencia espontánea para las faltas y la repugnancia instintiva por la justicia, han sido frecuentemente señaladas por escritores extranjeros que

han comentado nuestras costumbres. En vez de escucharlos, acostumbran los sudamericanos indignarse; el patrioterismo, en los pueblos atrasados, ama hasta las miserias nacionales y prefiere padecer de ellas a corregirlas por consejos de extraños. La clemencia con los que se descarrilan tiene visos de generosidad y fondo de puro egoísmo; es una mentira convencional, y de ella esperan beneficiarse algún día todos los que se pueden descarrilar. Aquí, como en España, abundan los perezosos de talento, que lo malgastan en epigramas contra el trabajo, haciendo gala de "macaneos" que titulan idealismos y que son el fruto acumulado de varios siglos de quijotería. Bien se ganó sus tandas de palos el hidalgo manchego que puso en libertad a los bribones que le parecieron "víctimas" de la justicia; bien merecidos tienen los *southamericanos* sus caudillos rapaces y sanguinarios, ya que la común cobardía moral alimenta con leche de clemencia a los héroes de la viveza y del coraje.

En *condiciones materiales de la libertad política* propúsose Alvarez poner en evidencia la incapacidad de los pueblos miserables para ser libres; parecíale hipócrita el continuo ofrecimiento de excelentes "principios" políticos a poblaciones que necesitaban botines, jabón y abecedario. Suprimir los descalzos, los mugrientos y los analfabetos será siempre el primer paso hacia la libertad; lo demás es farsa: farsa principista, farsa democrática, farsa idealista, farsa partiótica.

De allí proviene la incapacidad hispano-americana para servir los verdaderos intereses de la patria, sacrificando siempre las realidades a las apariencias. Hay todavía mucho Cid Campeador en cada gobernante; el honor, la gloria, el heroísmo, son declamados incesantemente por los más viles buscavidas políticos, dignos de aquel famoso Cid que comía a menudo con dineros que le proporcionaban los moros. En vez de trabajar en los cimientos, nuestros políticos "macanean" sobre el estilo de las cornisas, mostrando preferencia por los idealismos verbales y desdeñando las realidades efectivas que permiten asegurar la verdadera grandeza de la nación. "La prosperidad y la gloria" se dan puñadas; la prosperidad se hce trabajando; la gloria se miente hablando. Los patriotas de la península y sus descendientes de América son los hombres que hablan más y hacen menos.

Muestra Alvarez el residuo picaresco que la herencia española ha dejado en la mentalidad criolla, junto con el sentimiento de providencialismo gubernamental. Todos quieren vivir *de Arriba,* figurar en la administración del Estado, adelantar sin trabajo: "La pereza, la falta de iniciativa y el exceso de vanidad, hacen preferir la importancia aparatosa que da el puesto público a la independencia personal que da el trabajo privado". La familiaridad del estilo y de las observaciones suele agregar una atracción pintoresca a los comentarios de Alvarez, como puede ver-

se por el siguiente párrafo: "Será imposible acabar con los cuentos del tío, con las loterías clandestinas, con los remates de gurupí, con los falsificadores de toda laya, porque en cada hora nace un pichinchero de esos que, para no perder lo que sea gratuito, gastan cinco veces su valor en asegurárselo. Tengo la casa llena de gente paqueta que, perdiendo dos días, ha ablandado dos testigos y un alcalde para conseguir un certificado de pobreza a fin de sacar una matrícula gratis; un peso nacional no es gran cosa para ellos, pero lo que da razón de sus grandes molestias y vergüenzas para tal bagatela, es la necesidad de evitarse en el espíritu el eterno remordimiento de haber pagado por lo que podían alcanzar *de arriba*. Un interno de hospital está asombrado de la cantidad de gente que, con boleto de pobre alquilado a algún almacenero de la esquina, viene en carruaje de plaza a sacar gratis medicamentos que valen 50 centavos y les vienen a costar dos pesos. Yo no puedo impedir que las loterías clandestinas se lleven la mitad del sueldo de mi cocinera; es inútil demostrarle que la nacional es más útil y sin fraude; "pero la otra es más barata", y la pobre no tiene en su organismo la cuerda de la sensatez sino de la viveza. "Vea — me decía un farmacéutico del interior, — la mejor droguería por mayor en Buenos Aires es la de Tal, porque ese nos presenta en una mano el artículo legítimo y en la otra el falsificado y nos da la opción." Algunos artículos que le compré no me

dejaron dudas sobre la mano por que él optaba." Es una página digna de Larra.

Con otras semejantes tropieza el lector en *Perdone la letra y el papel, Lo que relumbra, Megalomanía, Formas de gobierno vacías y otras yerbas, ¿Qué es la libertad?, La Partitura,* ingeniosos comentarios de crítica social, impregnados siempre de un hondo sentido ético y humano.

Es imposible ocultar que el *Manual de Patología Política,* más acentuadamente que *South America,* está escrito con desaliño y sobrecargado por transcripciones que atenúan su valor literario. Este reproche, repetido con frecuencia, no habría molestado a Alvarez en lo más mínimo; nunca se consideró literato ni hizo literatura; no pretendió decir originalidades, sino verdades; no quería lucirse personalmente, sino ser útil a sus conciudadanos. Por eso a cuidar el fondo consagró el tiempo que otros pierden en cepillar la forma, prefiriendo el músculo al traje y la liebre al guiso. En nada se parecía a ciertos escritores decadentes, que, como los maricones, se pintarrajean las mejillas para que nadie ponga en duda su falta de virilidad.

Escritor social y moralista, los problemas políticos se reducían en suma, para él, a problemas morales; creía imposible su solución mientras no se creara un nuevo mundo moral que subvirtiese los valores presentes. La democracia, el parlamentarismo, el sufragio, parecíanle ficciones o fantasías en pueblos inca-

paces de libertad. Esta fuerza moral es imposible de crear en los hombres por el simple reconocimiento escrito de sus derechos electorales; exige un nivel intelectual que permita comprender los asuntos de interés público y requiere una larga práctica que establezca nuevas costumbres, antítesis de la improvisación.

IV. — La educación para la libertad

Nuestra enfermedad es la ignorancia; su causa, el fanatismo". "El remedio es la escuela; el médico es el maestro". Esos preceptos fueron la norma de toda su labor constructiva, definiéndolos, precisándolos, con vocación casi mística, con firmeza realmente apostólica.

No cualquiera escuela; no cualquier maestro. La escuela moderna, libre de coacciones confesionales, sin dogmas de obediencia, sin rutinas supersticiosas; la escuela que enseña a buscar en la naturaleza las causas naturales y en el respeto de todo lo humano los resortes de la moral; no la escuela de ayer sino la escuela de mañana, mejor que la de hoy. El maestro lo quería bueno como un padre, claro como una fuente, libre como un pájaro que enseña a volar y no pesado como un reptil que educa para el arrastramiento; maestros sanos de cuerpo y de espíritu, no carcomidos por miserias ni envenenados por pre-

juicios; maestros que no predicaran el sufrimiento en la tierra para alcanzar la dicha en el cielo, sino que hermosearan la vida presente con dulce optimismo: enseñando la bondad como base de la justicia y el trabajo como condición de la libertad.

Pocos le aventajaron en mover más ruda guerra a la ignorancia, que develaba en todas partes: en los gobiernos y en las masas, en las cátedras y en los parlamentos. Porque la ignorancia no es el triste privilegio de las clases pobres, que la ostentan sencilla y transparente, más como una inocencia que como una corrupción; la peor ignorancia es la que se disfraza de culta y de mundana, la ignorancia que no es virginidad pasiva del espíritu sino retorcimiento capcioso de los principios en consonancia con los intereses creados, la ignorancia instrumento de dominación, la ignorancia convertida en arte de engañar a los demás, la ignorancia de los que temen las consecuencias del espíritu independiente aplicado al libre examen.

Tres ensayos componen su excelente libro *Educación Moral* (*Tres repiques*), que no tiene desperdicio: "Los mirlos blancos", "Boleadores de levita" y "La honestidad y la cultura". En ellos, mejor que en sus demás trabajos, se justifica la comparación de Alvarez con Emerson, por la similitud de las ideas y de las orientaciones.

Su crítica del charlatanismo hispano-americano es incisiva; habla "sin pelos en la lengua" de los que

hacen un oficio de la mentira patriótica, explotando el fácil entusiasmo de las turbas mestizas. Afirma que la única regeneración posible debe esperarse de la educación popular, pues, sin ella, pretender gobernantes virtuosos equivale a buscar "mirlos blancos".

Los vicios de los hombres de gobierno le parecen comunes a toda la clase gobernante y no exclusivos del partido que "está en el candelero", como afirman invariablemente los que están fuera de él; individuos que no saben gobernarse a sí mismos, pretenden gobernar a los demás; y los políticos hispano-americanos llaman "virtudes criollas" a sus vicios y delitos, contando con que la vergüenza desaparece cuando los sinvergüenza son muchos. Falta el sentimiento del deber; no hay hábitos de voluntad y veracidad. Todos viven engañando a todos: la mentira es el suicidio lento de España y de la América española.

¿El remedio? No pueden darlo gobiernos compuestos por sujetos que están más enfermos que sus pueblos; ellos dan instrucción, pero el remedio es otro: *la educación moral*. Es inútil querer corregir a los adultos; sólo puede corregirse a los niños; la escuela, el hogar y la vida pública prepararán una nueva moralidad para las generaciones venideras. Esa edución moral suprimirá la educación por la "viveza" criolla y por el arte de "bolear" al prójimo, vicios que envilecen el carácter; esa educación enseñará al hombre a bastarse a sí mismo, desterrando al salvaje de levita que vive "boleando" en la sociedad todo lo que es incapaz de producir con su trabajo.

Combatir la mentira sistemática es la única manera eficaz de oponerse a los mistificadores de raza, a los histriones de la honradez administrativa y del progreso del país. Todo el que miente es enemigo de la sociedad; el eje de la educación moral debe ser el espíritu de sinceridad, el hábito de la lealtad. Alvarez cree dañoso difundir la instrucción sin el complemento de la educación moral; necesitamos pocas teorías y muchas virtudes; menos vanidades y mejores costumbres; las glorias del pasado suelen servir para disfrazar la corrupción del presente y sólo las virtudes actuales preparan la grandeza del porvenir. La ilustración sin virtud suele ser nociva para la sociedad; las clases que usufructúan el privilegio de la instrucción superior llegan a creer que viven por encima de la moralidad que imponen a las demás, no siendo raro que grandes bribones políticos sean hombres ilustrados. En un sentido paradójico llega Alvarez a afirmar que a los deshonestos y los pillos no debiera dárseles instrucción alguna, para que sean menos peligrosos: "Todo niño en quien no sea posible hacer nacer o prosperar el respeto de sí, la veracidad, la honestidad, el autodominio, el espíritu de obediencia, debe ser despedido de las escuelas públicas y quedar sin instrucción costeada por el público. La sociedad no debe emplear el dinero de los buenos en aumentar la capacidad de los malos". La instrucción superior debiera reservarse a los hombres que puedan hacer de ella un uso benéfico por sus

costumbres morales efectivas. Y en cuanto a los maestros: "Las escuelas normales deben preparar educadores y no instructores, bajo la base de que el fundamento del aprendizaje es el instinto de imitación, no pudiendo educar el que no está educado, porque la educación no es la enseñanza de reglas muertas por el maestro al alumno, sino la transfusión al alumno de la moral efectiva del maestro". ¿Paradojas? Puntos de vista, más bien (6); en su fondo amargo no podemos desapercibir verdades desagradables, pero evidentes, aun confiando en que la educación del porvenir modificará en alguna medida estas naturales imperfecciones de la actual.

V. — ¿ADÓNDE VAMOS?

EL escritor Constancio C. Vigil, director de una difundida revista, tuvo la feliz iniciativa de incluir en una encuesta la siguiente pregunta: ¿Cuál es el libro cuya lectura recomendaría usted a la juventud argentina?

—"¿Adónde vamos?", de Agustín Alvarez, fué la respuesta de nuestro más eminente hombre de letras, Leopoldo Lugones.

La respuesta no tenía, como se comprende, un sentido literario, sino moral; y era, desde este punto de

(6) Ver MAXIMIO S. VICTORIA: "*Repique sobre educación*", en *Revista de Filosofía*, noviembre 1916.

vista, la más acertada de cuantas se dieron. Libro profundo, valiente, sereno, Alvarez remonta en él su vuelo, muy por encima de los pequeños problemas políticos inmediatos: sus páginas contienen una filosofía que ha comentado con sagacidad Nicolás Besio Moreno, desde la presidencia de la Sociedad Científica Argentina (7).

La mentira religiosa es el objeto principal de su crítica. Alvarez no se anda por las ramas; ataca el mal en su raíz. Cree que el progreso moral de la humanidad está en razón inversa de la superstición religiosa. La difusión interesada de ideas falsas le parece un crimen; si los errores envilecen la vida, las mentiras la degradan. La acción del hombre sobre la Naturaleza se ajusta a las ideas que él tiene acerca de las cosas que le rodean; toda noción de sobrenatural y de milagro es un obstáculo al libre desenvolvimiento de la moralidad humana. "La región de la tierra más fértil y más rica por el clima físico y las producciones del suelo, puede ser, al mismo tiempo, la más pobre y árida por el clima moral inhabitable que en ella crean la inclemencia de las pasiones y la pobreza del entendimiento humano; el mundo de las ideas y los sentimientos sigue siendo páramo inhospitalario, en la medida y en el orden en que las creencias políticas, filosóficas o religiosas limitan el pro-

(7) NICOLÁS BESIO MORENO: *"El sistema filosófico de Agustín Alvarez"*, publicado como introducción de *"¿Adónde vamos?"*, en la reimpresión de 1915.

greso universal de las ideas, de que depende el progreso del entendimiento."

Distingue Alvarez el espíritu cristiano, que admira, del espíritu católico, que aborrece; en esta actitud renueva ideas de Echeverría, de Alberdi y de Sarmiento, señalando el peligro de creer que hablan en nombre de Cristo los que defienden los intereses temporales del estado pontificio. Ya había escrito Alberdi: "En todas partes está Dios, menos en San Pedro, en Roma". Contra esa sustitución de ideales éticos por intereses materiales, de que acusa al catolicismo romano, aconseja Alvraez la siembra de ideas nuevas en el ambiente moral, para intensificar los resultados históricos de la lucha secular del libre examen contra el dogmatismo. Piensa, como Emerson, que el fanatismo lleva las naciones a la ruina; ve en la coacción religiosa un obstáculo a la libertad política y señala en la insuficiencia de la cultura popular el mayor impedimento a todo progreso ético efectivo.

La decadencia histórica de las naciones católicas le parece el resultado lógico de su moral supersticiosa y de su educación obscurantista; el terror de lo desconocido habíase ya infiltrado en el alma española cuando el destino puso en sus manos la conquista de esta América. Dos tendencias se diseñaban en el ambiente moral europeo, marcando la evolución divergente del espíritu cristiano y del espíritu católico. Este último había aniquilado a España, subvirtiendo

los valores sociales, fomentando la intolerancia y el privilegio, engendrando un régimen de siniestra teocracia política en que enmudecieron las ideas y se hipertrofió la función de hablar sin decir nada.

Esa Edad Media española, prolongada en la península hasta nuestros días, incapacitó a los hispano americanos para la libertad, la democracia y el progreso. Subvertida la moral cristiana por el catolicismo, difundiéronse en nuestro continente supersticiones verdaderamente inmorales, engendrando "pueblos nuevos con entendimiento viejo". El hábito de la tutela espiritual impidió la educación para el gobierno propio; esa herencia hizo que en la emancipación política persistiera el antiguo mundo moral, resultando de ello naciones nuevas con ideas viejas, en vez de naciones nuevas con ideas nuevas.

Toda superstición implica una profunda inmoralidad, un anulamiento de la confianza en sí mismo, la ausencia de toda fe en el esfuerzo propio. El catolicismo inutilizó socialmente a las razas indígenas de América, mantuvo inadaptables al progreso a los mestizos y acrecentó el atavismo fetichista de los mulatos. En este sentido el alma española ha gravitado tristemente sobre los hispano-americanos, fomentando el parasitismo, depreciando el trabajo y manteniendo el espíritu oligárquico de casta; a ese espíritu de teocracia político-religioso refiríase Esteban Echeverría cuando condenó "la liga impura del Trono y del Altar".

¿Adónde vamos, en suma? Entiende Alvarez que la transformación de una raza depende de la variación de su ambiente moral, pues a él se adaptan los hombres que la componen. Es necesario, para nuestro progreso, excluir las ideas, los sentimientos, las supersticiones y las costumbres hispano-coloniales; el ambiente ético debe ser renovado en consonancia con el espíritu moderno, sustituyendo la fe en los milagros por la fe en el trabajo, la fe en la mentira teológica por la fe en la verdad científica, la fe en el privilegio por la fe en la justicia.

Coincidió con Alberdi y Sarmiento atribuyendo la inmoralidad hispano-americana a la constitución étnica primitiva de estas sociedades, y vió, como ellos, un remedio en la transfusión de nueva sangre europea, prefiriendo la que trajera en sus glóbulos el espíritu y las costumbres anglo-sajonas. De éstas esperaba el ejemplo de la libertad individual y civil, que ponía como base de toda elevación ética, negando que hombres domésticos y pueblos serviles pudieran alcanzar en el porvenir una alta civilización.

Acercábase ya Alvarez a ese período de madurez literaria en que los escritores aprenden la "arquitectura" del libro o del ensayo; pero, aunque el progreso es notable sobre *Manual de Patología política,* resiéntese aun *¿Adónde Vamos?* de cierto desaliño periodístico que le resta unidad (8).

(8) El libro *"La Transformación de las razas en América"*, impreso en España, en 1908, es en parte glosa y en parte resumen de *"¿Adónde vamos?"*. Los capítulos finales son los mismos, pero las variantes y supresiones en el texto peninsular son muy expresivas; por esta razón han sido reimpresos ambos en las *"Obras Completas"* editadas por *"La Cultura Argentina"*.

Complemento de ese libro fué la *Historia de las instituciones libres,* compilado con fines esencialmente didácticos. Como lo advierte en su nota preliminar, es un metódico resumen del desarrollo de las instituciones que han encaminado a los pueblos hacia la conquista de la libertad política. Alvarez consideraba indispensable difundir a manos llenas ciertas ideas básicas para la formación de la moderna conciencia democrática; y tan amigo de predicar con la acción como con la palabra, tuvo la generosidad de escribir este interesante volumen en que pasa a segundo plano su personalidad de pensador. Las luchas entre el espíritu de opresión y el espíritu de libertad aparecen representadas por una doctrina típica o por un hecho decisivo; el lector puede seguirlas paso a paso, viendo cómo se afirmó un derecho legítimo o cómo se conquistó una ley justa (9).

Arrancando de los máximos pensadores griegos, Platón y Aristóteles, examina la vida griega en tiempos de Pericles y pasa luego a definir, en rasgos precisos, la transición del mundo cristiano al mundo pagano. Los griegos hicieron los primeros ensayos de confederación y de gobierno del pueblo por el pueblo; la república romana llegó a realizar, en cierta manera, la división de los poderes y el principio de la responsabilidad. En la evolución de la sociedad romana, después de su política de expansión y de

(9) El siguiente resumen de esta obra fué publicado como prólogo de la reimpresión efectuada en 1919.

conquista, el incremento político del cristianismo fué un producto de circunstancias propias de la sociedad en decadencia.

La Edad Media, con el crecimiento de la iglesia católica y la afirmación del derecho divino como fundamento de la autoridad política, marca, en su opinión, una época de penumbra en el desenvolvimiento de las instituciones libres. Sólo en los países anglo-sajones, antes del renacimiento, apunta, ya, entre el vigente derecho feudal, el principio de la libertad individual como baluarte opuesto al derecho divino de las monarquías. Desde la conquista normanda de Inglaterra, por Guillermo el Conquistador, hasta la promulgación de la Magna Carta y la consolidación de la cámara de los Comunes, fué continuo el proceso institucional en que se afirmaron derechos y libertades, que el tiempo consolidó en lo esencial y desarrolló en sus aspectos más importantes.

Alvarez reseña luego el movimiento de emancipación en la Edad Media y en la Edad Moderna, mostrando cuáles fueron los gérmenes que en cada país fueron minando los cimientos de la teocracia feudal; al derecho de los Papas y de los Reyes fué oponiéndose, poco a poco, el derecho de las diversas clases sociales, ansiosas de participar en el gobierno y de tener representación en sus consejos.

Así llega el lector a los dos acontecimientos fundamentales para la democracia moderna: la emanci-

pación de Estados Unidos y la Revolución Francesa, fuentes de nuevas y más generosas instituciones políticas, que marcan el punto inicial de las libertades populares.

Como en todas sus obras, Alvarez pone de relieve el sentido moral que tiene esa conquista progresiva de la libertad política y con palabras firmes muestra las resistencias que siempre le opuso el dogmatismo religioso; llega a la conclusión de que toda la historia de las instituciones libres es un perpetuo conflicto entre el privilegio y la democracia, encontrándose siempre las castas religiosas al servicio de los enemigos de las libertades populares, aunque nunca vaciló la Iglesia Católica en cubrirse del disfraz democrático cuando comprendió que la causa del pueblo estaba en auge contra los privilegiados.

Espíritu amplio y confiado en el porvenir, Alvarez cree que las instituciones libres conquistadas hasta ahora son un primer paso hacia nuevas instituciones políticas, económicas y sociales que ensancharán el área de la libertad y de la justicia. Lejos de mirar esos progresos como un fin, los señala como un camino por el cual deben seguir marchando las sociedades civilizadas, hasta borrar los últimos rastros de privilegio y de superstición que se han filtrado en las instituciones de nuestro siglo.

VI. — LA CREACIÓN DEL MUNDO MORAL

OBRA de madurez, la que lleva este título, ha inspirado un bello estudio a la comprensiva escritora Alicia Moreau, cuyos párrafos iniciales merecen transcribirse porque explican al libro por su autor:

"Nunca con más justicia que de ésta, pudo decirse de una obra que es el reflejo de un hombre. En ella, que reune las conferencias que diera en la Sociedad Científica Argentina, aparécenos aquel espíritu de élite, profundamente bueno sin debilidades, sabio sin pedantería, consciente de su fuerza sin vanidad, que supo, como muy pocos, criticar sin herir, sanear con vigor sin maltratar ni ofender, ayudar y aconsejar sin convertirse en tutor; y pudo, lo que es aun más raro en nuestro ambiente, mantener la integridad de su conciencia sin calcular oportunidades ni conveniencias, y tuvo la virtud de la sinceridad como fueran sinceras sus virtudes.

"Nunca como en ésta fué más suyo su estilo; ese estilo claro y sencillo, donde la imagen abunda sobria, elegante, precisa y tan original e imprevista como adecuada a la idea que expresa. En obras anteriores Agustín Alvarez parecía querer apuntalar su opinión con frecuentes citas de numerosos autores; en ésta la cita escasea y el espíritu original se extiende en su vuelo libre, que si bien nunca se alza hasta regiones tan altas que lo oculten a la vista de sim-

ples mortales, tampoco baja, y en cambio siempre eleva el tema por trillado que ésta sea.

"Y tan original y tan propia de él es la expresión, y tan variada y facetada, que aun cuando gire toda la obra alrededor de un tema fundamental, cada página parece nueva, y no se tiene la impresión de una repetición, como la imagen de un objeto en espejos paralelos, sino de una sucesión o de una combinación como podría dárnosla un juego de lentes y de espejos, que agrandando o achicando, alejando o acercando, enderezando o invirtiendo la imagen de una sola cosa, nos la mostrara desde una infinidad de puntos de vista.

"Y tanto se refleja en el libro la personalidad de su autor, que al leerlo parece que surgiera, de entre las páginas, aquella su original silueta, sencilla y modesta, sin afectación, el gesto sobrio y ameno, la mirada serena, la sonrisa de bondad finamente matizada de ironía. El autor está en su obra, tanto como la obra en su autor, pues nunca un hombre fué más autorizado para hablar de moral a sus prójimos" (10).

La naturaleza — dice Alvarez — tiene el poder de transformar al hombre y el hombre tiene el poder de transformar la naturaleza. "El hombre cambia su ser con los sentimientos que le animan, como la vasija cambia de valer con las substancias que se ponen dentro; el hombre crea y desenvuelve, o estanca y

(10) ALICIA MOREAU: *"Agustín Alvarez y la creación del mundo moral"*, en *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, mayo, 1915.

petrifica los sentimientos que le hacen valer mucho o valer poco, ser feliz o desgraciado, grande o pequeño, sublime o miserable. En una palabra, el hombre se hace un mundo de ideas y sentimientos asentado sobre sus propias orientaciones morales — como hace la naturaleza el mundo de las cosas, con oasis y desiertos, con campos fértiles y territorios estériles, con buenas y malas yerbas, benigno o inclemente, — según que los sentimientos que lo constituyen sean suaves o duros, tolerantes o intolerantes".

La primitiva imbecilidad humana se transforma progresivamente en inteligencia práctica por el triunfo de un hada benéfica, la Ciencia, sobre el hada del fanatismo, la Superstición. El mundo moral está poblado, en sus comienzos, por misterios, fantasmas, visiones, espíritus malos, demonios y brujas: es la "diabolidad"; contra ellos lucha la experiencia humana, desalojándolos de su mundo moral, acercándose incesantemente a la "divinidad", que es la concepción abstracta de una humanidad feliz. De todos sus buenos sentimientos los hombres han construído sus "dioses"; de todos los malos, sus "diablos". Los unos son la encarnación del bien; los otros del mal.

En la mentalidad de los pueblos primitivos todo es "diabolidad", miedo de lo desconocido, terror de las fuerzas naturales. En la mentalidad de los pueblos ilustrados, y en la justa medida en que el hombre descubre los secretos de la naturaleza, va aumentando la "divinidad", que es simple confianza en sí

mismo. El mundo moral de los salvajes, de los niños y de los ignorantes, está constituído por elementos "diabólicos"; en el de los adultos, civilizados e ilustrados, los elementos "divinos" van adquiriendo un predominio creciente. La confianza en el bien triunfa sobre el temor del mal.

Las religiones atrasadas, por el estilo de la católica, contienen más elementos de "diabolidad" que de "divinidad"; sus empresarios aspiran a gobernar las conciencias mediante el temor del diablo y el horror del infierno. Después de inventar el "pecado original", han reducido la vida del hombre a una continua expiación, durante su tránsito por este "valle de lágrimas". La inteligencia humana ha sido esclavizada a la omnividencia divina; la virtud humana ha desaparecido ante la gracia divina; la sanción efectiva de la moral humana está pospuesta a la contingencia hipotética de la recompensa divina, etc. Así, "el catecismo es empleado para injertar la clarividencia de los profetas pasados en la imbecilidad inalterable de las generaciones venideras".

Felizmente para la humanidad, la conciencia social evoluciona sin sujeción a los dogmas de las religiones; más aun: a despecho de sus empresarios, los mismos dogmas religiosos evolucionan para no morir. Es seguro que si resucitaran los teólogos de la Edad Media no vacilarían en excomulgar a nueve décimos de los profesores de teología que enseñan en los seminarios católicos. El modernismo, en todos

sus grados, es una simple herejía; hoy fermenta en el propio Vaticano, y fuera de él es insignificante el porcentaje de católicos ilustrados que suscribiría el famoso Syllabus de Pío IX.

El cielo, el purgatorio y el infierno, antes ubicados en "otro mundo", resultan mucho más eficaces para dirigir la conducta del hombre si los colocamos dentro de "este mundo" en que vivimos; de igual manera el espíritu divino y el diabólico, Jehová y Satanás, el premio y el castigo, pueden provechosamente interpretarse como aspectos de la humanidad, viendo la divinidad en todo lo que es justo, bello y bueno, y la diabolidad en todo lo que es injusto, feo y malo. ¿Necesitamos, acaso, esperar a la otra vida para honrar las virtudes y reprimir los vicios? ¿No es preferible que la conciencia moral de la sociedad sea el ejecutor activo de las sanciones relativas a la conducta humana?

Si vivimos en este mundo, y sabiendo que no podemos trasladarnos a ningún otro de los descubiertos por la Astronomía o inventados por la Teología, debemos procurar que éste sea el paraíso y que en él adquieran los hombres las virtudes excelsas que se simbolizan abstractamente en la divinidad. La superstición ha creado el terror de la ultratumba para atormentar la vida humana y hacernos vivir como en un infierno; la ciencia debe desterrarlos y embellecer este mundo hasta convertirlo en un paraíso. Nada hay más inmoral que predicar "ciencias para des-

pués de la vida"; la única moral valedera será la que use y perfeccione las "ciencias para la vida", pues las que no sirven para mejorarla y embellecerla no son ciencias, sino trapacerías.

Las morales religiosas tienen el grave inconveniente de hacer inútil la vida, sacrificando los deberes y las esperanzas naturales a los deberes y las esperanzas sobrenaturales; poniendo la felicidad y la alegría en "otro mundo" hipotético, las destierran de "este mundo" efectivo, así entregado al sufrimiento y la tristeza.

El contenido básico de la moral — piensa Alvarez — es la posibilidad del mejoramiento de la condición humana; esa idea permite adaptar la conducta del hombre al bienestar de la sociedad. En tal sentido, son verdaderas fuerzas morales el amor, la bondad, la inteligencia, la libertad, la justicia, la salud, el placer, la belleza, la cortesía, el valor, la sobriedad, el trabajo, el descanso, la alegría, la benevolencia, la simpatía, la tolerancia, la risa, la honestidad, la lealtad, la rectitud, el buen humor, la cultura, la sensatez, la continencia, la estética, el aseo, el confort y la riqueza. Son, en cambio, fuerzas inmorales la iniquidad, el odio, la injusticia, el despotismo, la maldad, los celos, la envidia, la enfermedad, el temor, el rencor, la venganza, el alcohol, la depravación, la intolerancia, la malevolencia, la descortesía, la incontinencia, la fealdad, la tristeza, el aburrimiento, el desaseo, el mal humor, la ira, la barbarie, la pobre-

za, la ignorancia, la superstición, el fanatismo y la imbecilidad. Cultivando las primeras, la humanidad se diviniza; cultivando las segundas, se diaboliza.

Es moral la exaltación de la vida propia, y lo es, más aún, la exaltación de la vida ajena. Es moral la veneración de los ancianos, pero es más la educación de los niños, porque éstos representan la vida en creciente y aquéllos la vida en menguante. Es moral el enaltecimiento de las generaciones actuales, pero lo es más el de las venideras. La contextura moral del individuo no se eleva por lo que él piensa o hace para sí mismo, sino por lo que piensa y hace para sus contemporáneos y para la posteridad. El que anida en su espíritu ideas y sentimientos de amor para los otros, se siente, como la mujer en cinta, preñado de humanidad.

Todo coadyuva con los que levantan el estandarte de la vida en este mundo, incesantemente embellecida por una moral de solidaridad humana: "todas las fuerzas de la Naturaleza domesticada trabajando del lado de la perpetuación de la especie contra la perpetuación de los credos; del lado del progreso contra la tradición; de la libertad contra el despotismo; de la instrucción contra la ignorancia; de la civilización contra la barbarie; ¿qué mayor indicio de que el progreso es una emanación de la naturaleza del hombre y será tan duradero como el hombre en la Naturaleza?"

El mundo moral, creado por el hombre, no es in-

mutable, puede ser perfeccionado por el hombre mismo. "En esa lucha perpetua entre los componentes nobles y los componentes innobles del mundo moral, en la que éstos son favorecidos por las circunstancias primarias y aquéllos por las circunstancias secundarias de la especie; en esa lucha entre la humanidad y la bestialidad, entre la luz y la obscuridad, entre el amor y el odio, entre la bondad y la maldad, entre la abnegación y la perversidad, entre la lealtad y la felonía, entre la belleza y la fealdad, entre la poesía y la prosa de la existencia, los grandes atributos morales están incipientes desde el origen de la vida, como la luz en los albores del dilatado amanecer de las regiones polares, anunciándose en destellos pasajeros, o mostrándose dispersos, separados y fragmentarios en la evolución ascendente de las especies vivas". Al hombre, término de la serie, corresponde el hermoso privilegio de crearse un mundo moral en que no sean palabras vanas la virtud, la belleza y la justicia.

VII. — El moralista laico

Alvarez tenía el estilo sencillo y familiar, pintoresco a menudo, siempre amable. Conociendo la pereza melancólica y fatalista de ias poblaciones que aun conservan hondos rastros coloniales, procuraba esparcir simientes de optimismo y de energía, ca-

paces de transmutarse en vida intensa. No podía concebir la moral como una catalogación literaria de principios teóricos, ni veía en ella un esquema abstracto y dogmático del bien; buscaba la moral en la vida misma, como su fuente y como su resultado a la vez, progresando, perfeccionándose como la civilización, siempre renovable y renovada.

Lo intrínseco de la moral le preocupaba más que lo forínseco: no confundir la virtud con sus apariencias convencionales, ni la libertad con el derecho escrito, ni la justicia con la ley, ni el mérito con el rango, ni la pasiva incapacidad para el mal con el activo amor del bien. Nunca admitió que la ignorancia y el error pudieran ser fuentes de moral, pues debe ésta nacer y florecer en consonancia estricta con el amor a la verdad.

Su horror al fanatismo era la pasión de todas sus horas, pensando que no hay mayor obstáculo a la luz que la ceguedad. Nunca hizo literaturas vanas ni escribió una página por mero pasatiempo, sin que ello le impidiera admirar a los poetas que hacen poemas y a los prosistas que laboran su prosa. Desdeñaba, sí, la aplicación del criterio literario a las materias que no son literatura; y nunca habría borrado un adjetivo exacto por evitar una consonancia. De allí cierto desaliño en sus escritos, que hubiera sido un defecto en producciones artísticas, pero no lo es en las suyas, sin ser por eso una cualidad.

Su fe en el porvenir de las ciencias hubiérase dicho inspirada por Renán. Y como viera las dificultades que en todas las épocas y países suscitan contra ellas los dogmatismos reinantes, movió a éstos firme guerra, mirándolos como el mayor enemigo de la civilización. Concebía las diversas religiones como escuelas de esclavitud moral, y creíalas, por ende, propicias a la perennidad de la ignorancia.

No todas las iglesias le inspiraban igual desconfianza, ni por la misma causa. De preferir alguna de las cristianas, habría optado por el evangelismo protestante; pero si en sus manos hubiese estado el desterrar alguna de su patria, comenzara, sin duda, por el catolicismo romano, pues entendía que sus dogmas internacionales son incompatibles con los principios civiles de la nacionalidad. Entendía, también, que siendo súbditos extranjeros los sacerdotes de esa religión, no era patriótico ni prudente poner en sus manos la educación que se afanan por monopolizar. "Se le ha censurado que diese al factor religioso más valor efectivo del que tiene en nuestra vida nacional, y aun se ha juzgado una prueba de mal gusto su insistencia sobre tal preocupación de su espíritu. Nada hay más complejo que este aspecto de su crítica, en un medio como este, hecho a base de religión, y de una religión absorbente y absoluta, que en diez y ocho siglos de dominación ha penetrado en todos los tejidos vivos de la humanidad. El ha visto el problema nacional en su faz verdade-

ra; ha hallado la fuente de los males, y se dedicó a depurar sus aguas, en su origen, en sus cauces, en sus aplicaciones, en todos los sitios donde llegan y labran sus reacciones propias. La crítica podrá herir y asirse a sus medios, a sus procedimientos de combate, pero no puede vulnerar su juicio sobre el fondo del problema" (11).

Acertado anduvo el mismo comentarista al decir que vivió "como un San Pablo del liberalismo científico moderno", porque su vida fué un verdadero apostolado del idealismo laico. Nada hay más falso, en efecto, que la pretendida identidad de la superstición con el "idealismo", ni hay nada más torpe que sugerir al vulgo que todos los moralistas laicos son "materialistas" y carecen de ideales. Se juega, sin duda, con palabras que tienen valor muy diferente cuando contienen sanciones morales. Nada hay moralmente más "materialista" que las prácticas externas de todos los cultos conocidos y el aforo escrupuloso que establecen sus tarifas para interceder ante la divinidad; nada más "idealista" que practicar la virtud y predicar la verdad, como hicieron los más de los filósofos que murieron en la hoguera, acusados de herejía. En este sentido moral — y no cabe otro, para apreciar a un sembrador de ideales — Agustín Alvarez fué "idealista" toda su vida, no adhiriendo jamás al "materialismo" de ninguna religión.

(11) JOAQUÍN V. GONZÁLEZ: Prefacio a la "*Creación del mundo moral*", reimpresión de 1915.

Uno de sus más ilustrados críticos, Ernesto Nelson, ha insistido sobre su vida de apóstol, modelada conforme al canon clásico del Cristo legendario: "Tenazmente me persigue la semejanza entre Alvarez y los espíritus heroicos que tuvieron el valor moral de renunciar a todo aquello que las gentes de su tiempo tenían en mayor estima. Cierto es que muchos aceptamos los principios que él proclamara, pero ¿cuántos de nosotros estaríamos dispuestos a sufrir por esos principios, cuántos estaríamos dispuestos a vivirlos? ¿Cuáles de entre sus admiradores nos sentimos prontos al sacrificio de la pequeña o grande gloria que nos depara la cultura del intelecto, a dejar vacía la localidad, más o menos suntuosa, que tenemos reservada en el teatro de la vida? Y, sin embargo, él renunció a todo eso, y sus acciones fueron una protesta contra todo eso. Revisad las páginas que ha dejado: en todas ellas no hay una sola línea escrita para producir el mero efecto literario. En su vida externa personal, si bien no vistió sayal alguno, se resistió a llevar las ropas que constituyen nuestra librea mundana. Alvarez nos da la fórmula de su vida cuando dice: "El trabajo y el sufrimiento son el lote de todos los hombres, y la clasificación por el más o el menos de tontería no vale la que se funda en el más o el menos de virtud. El reino de Dios no es para los más ilustrados sino para los mejores, y el mejor es el más abnegado. El sacrificio humilde, constan-

te, voluntario constituye, pues, la verdadera dignidad humana". Cambiad el nombre y el escenario y cobrarán sentido simbólico las palabras con que Cristo disuadió al rico mercader que creía tener fe bastante para seguirle, pero que carecía del valor moral de desprenderse de sus riquezas. Alvarez pudo decir que "la puerta es estrecha y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que lo hallan". Expresó, en efecto, este mismo pensamiento con ideas de su siglo cuando nos dijo: "Nadie necesita maestro para tirar la piedra y esconder la mano. Lo que es necesario enseñar es a estar a las duras, a sembrar, a tener una moral y no muchas, a asumir responsabilidades" (12).

Múltiples expresiones fragmentarias dió Alvarez a las ideas cardinales que hemos procurado coordinar. Algunos de sus folletos, conferencias y artículos, de valor menos efímero, fueron reunidos después de su muerte en el volumen *La herencia moral de los pueblos hispano-americanos*, impreso en 1919 (13). A través de cuanto salió de su pluma se advierte una constante unidad de orientación, que fija los

---

(12) Ernesto Nelson: Introducción a "*South America*", reimpresión de 1918.

(13) Ver el estudio biográfico y bibliográfico de **Evar Méndez**: "*Agustín Alvarez*", que sirve de prefacio a la reimpresión del "*Manual de Patología Política*", Buenos Aires, 1916.

Sobre Agustín Alvarez, además de los artículos citados, ver:

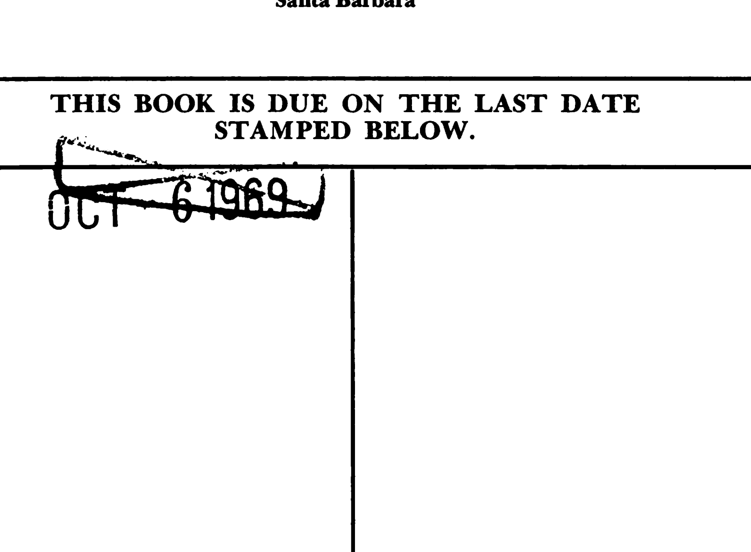
"Museo Social Argentino": *Número especial consagrado a Agustín Alvarez*, abril de 1914.

Pedro A. Torres: *Agustín Alvarez*, en la revista "*Humanidad Nueva*", Abril de 1915.

Amílcar Razori: *Dos libros de Agustín Alvarez*, folleto, Rosario de Santa Fe, 1919.

contornos de su personalidad intelectual y le asigna en la historia ideológica del país un lugar definido, que ningún otro escritor podría ocupar. Sin ser un genio por sus aptitudes, ni un filósofo por sus doctrinas, tuvo en sus creencias tal firmeza y tal fervor apostólico que siempre habrá en tierra argentina quien le recuerde con devoción y le señale como ejemplo. La posteridad tiene para sus sanciones morales un criterio de alta justicia que se sobrepone a la pequeñez de los contemporáneos; la muerte apaga el aplauso con que la adulación rodea los éxitos del día, y enciende un culto desinteresado a los que honraron a su pueblo con obras perdurables.

Las consideraciones políticas, los intereses creados y el mundano tartufismo nunca lograron torcer sus ideas de hombre ni trabar su pluma de escritor: en su carácter y en su vida fué el mismo que en sus doctrinas y en su obra. No tuvo dos morales, una para predicarla y otra para vivirla; pensó su vida y vivió sus ideas hasta la fecha de su muerte, 15 de Febrero de 1914. Su obra de ética social se levantó entera sobre cuatro sillares inconmovibles de su espíritu: la libertad para la democracia, la ciencia para la vida, la moral para la educación y la justicia para la sociedad.


THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW.
OCT 6 1969



Poetas Argentinos	Antología de	(1.ª parte
" "	la Primavera	(2.ª parte
Roberto F. Giusti	Anatole France II Edición	
Enrique José Varona ..	Con el eslabón	
Martiniano Leguizamón	Tradiciones del Pago	
Delfina B. de Gálvez .	Poesías	
Luis María Jordán ...	El Príncipe Mamboretá	

Año III — **Tomo IV**

Juan B. Justo	Ideas sobre Historia
Benito Lynch	El pozo
Rubeén Darío	Páginas Olvidadas
Emilio Berisso	Reminiscencias
Pedro Prado	Las Copas
Almafuerte	Evangélicas
Héctor Pedro Blomberg	Gaviotas Perdidas
Ricardo Rojas	La Universidad y la Cultura
José Ingenieros......	Agustin Alvarez

CONDICIONES DE SUSCRIPCION

En la Argentina	Por un año	$ 2.50 m/n.
	» seis meses..........	» 1.30 »
	Número suelto, 0.20 en la capital	
	» » 0.25 en el interior	
En el exterior	Por un año..........	$ oro 1.30
	» seis meses	» » 0.70
	Número suelto..........	» » 0.15

IMP. SAENZ PEÑA 491